

HISTORIA Y ESTRUCTURALISMO: LACAN Y EL MOVIMIENTO DEL '68

Helí Morales Ascencio

¡Corre, camarada, el mundo viejo quedó atrás!

El siglo XX amanece con el libro sobre la ciencia de los sueños. A partir de entonces, Freud marca los tiempos modernos con su pensamiento. El psicoanálisis ve la luz en Viena, pero extiende sus sombras más allá de las fronteras del imperio. Apenas aparecido, nace en Francia quien generará una nueva manera de ver el descubrimiento freudiano, Jacques Lacan, quien camina paralelo con la nueva época y el nuevo saber. Su llegada al mundo es en 1901 y su entrada al campo profesional es en 1932, con su Tesis.¹ Médico hospitalario hasta 1934, se convierte muy pronto en un complejo escritor y una promesa del psicoanálisis.

La segunda Gran Guerra sacude Europa en 1939 y Lacan se sume en un pesado silencio, pero su voz, su presencia y su pluma reaparecen en 1945, tanto en el encuentro de Bonneval,² al lado de psiquiatras y psicoanalistas, como en la revista *Minotaure*, compartiendo posiciones con escritores y pintores. Los años 50's son de lo más fecundo en su producción y su posicionamiento en el movimiento psicoanalítico. Comienza su Seminario. Su palabra hablada impacta, no sólo al mundo médico, sino al literario y al intelectual en general. Sus artículos ocupan un lugar importante dentro de las producciones de la época. Surgen conceptos como *significante*, *sujeto del inconsciente*, los grafos del deseo; algoritmos y nuevas posibilidades clínicas marcan su pensamiento.

La nueva década, pues, lo sorprende trabajando un hermoso Seminario, precisamente, sobre *La ética del psicoanálisis*.³ Los 60's llegan con la vida en ebullición. Los jóvenes no sólo toman la palabra sino la hacen circular, llena de rebeldía y olor a yerbas extrañas. La sexualidad se abre a nuevos cauces con píldoras, drogas y rock & roll de por medio. Se inicia una psicodelia de lo cotidiano y los signos rotan vertiginosamente, pero no sólo existe un romanticismo del advenimiento: hay posiciones que se quieren afirmar en su radicalidad.

Lo nuevo no sólo llama al asombro, sino que convoca al cambio. Las viejas maneras, los antiguos procedimientos, las formas caducas de hacer el amor, la calle y la política, son contestadas y pintarrajeadas. La crítica al pasado adquiere, algunas veces, maneras de pura oposición alocada, pero también se gestan movimientos que proponen oponiéndose, que crean enfrentándose. Se quiere negar el pasado. A veces, sólo eso; en otras, afirmando el futuro. En el horizonte aparece una cierta estética de la ruptura, no sólo de la sorpresa. Esta década no nada más se viste con las ropas de los hippies y las notas del rock. La política deja de ser un asunto de Diputados y la Revolución Cubana sorprende al águila dormida. La respuesta del imperio es una dolorosa guerra en Indochina, a la que los jóvenes responden a la metralla con un "Un, dos, tres: ¡Vietnams!" También con miles de muertos. La frase es acuñada por el Che y escuchada por todo el mundo; los muertos, también. La juventud deja los sacos de colores y levanta la voz y los puños.

¹ Cfr. Jacques Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932), Siglo XXI, México, 1976.

² Cfr. Henri Ey, *El inconsciente (Coloquio de Bonneval)*, Siglo XXI, México, 1970.

³ Cfr. Jacques Lacan, *La ética del psicoanálisis*, El Seminario (1959-1960), Libro 7, Paidós, Buenos Aires, 1988.

Como nunca, las movilizaciones políticas llevan el sello de las nuevas generaciones. A la revolución de los signos se le quiere amarrar la de los pueblos. Las Universidades se convierten en centros de rebeldía y oposición, no sólo al apetito expansionista de los Estados Unidos, sino al autoritarismo y la cerrazón de las clases dominantes. En Berkley, Córdoba, México, Bonn, Asunción y otras muchas ciudades, aparecen en las calles, y en el imaginario social, la presencia subversiva y contestataria de los jóvenes. Evidentemente, París no fue la excepción. El mayo del '68 encuentra una Francia somnolienta que despierta al grito de la revuelta.

Así como en México fue la Universidad Nacional Autónoma de México, o, en Alemania, la Universidad Libre de Berlín, quienes albergaron los principales focos de sublevación estudiantil, en París, Nanterre brilla por su presencia contestataria, y especialmente el Departamento de Sociología. De allí surgen muchos de los líderes del movimiento, militantes de extrema izquierda, activistas políticos, así como los teóricos que los acompañan. Henri Lefebvre y Alain Tourraine se colocan como los principales impulsores intelectuales de las ideas que alimentan la llamada Revolución de Mayo.

Amén de las dimensiones políticas que estaban implicadas en el movimiento francés, algo lo diferenciaba de las otras revueltas universitarias: existía, tanto en sus grupos como entre los intelectuales participantes, una especie de enemigo conceptual llamado *estructuralismo*. Vale la pena decir que la nominación de "estructuralistas" para ciertos autores, así como la expresión misma "estructuralismo" como propuesta teórica o metodológica, no venían de un pronunciamiento epistemológico o una posición conceptual: era un modo de nombrar desde afuera un movimiento visible en las Ciencias Sociales. La implementación de métodos surgidos de la lingüística y la etnología para analizar movimientos sociales, formaciones culturales o conjuntos textuales a partir de relaciones estructurales, así como la descripción de redes entre componentes formalizables, habían generado una figura reconocible en el espacio del saber. La nominación —en la que no se reconocían los así nominados—, así como la posición metodológica implementada, se presenta desde fuera como un intento clasificatorio opuesto al existencialismo. Allí, en esa supuesta oposición, surgen las voces y los cuestionamientos.

Tanto Lefebvre como Tourraine, así como Jean-Paul Sartre, se habían levantado en armas teóricas contra el llamado estructuralismo. De hecho, la contestación se dibujó en dos planos: por un lado, la protesta política contra la legitimidad y las formas gubernamentales y universitarias y, por el otro, una posición que atacaba al movimiento que, dentro de las Ciencias Sociales, se había venido desarrollando en Francia, comandado por la lingüística y la antropología estructural. En lo social, el movimiento intentaba, en su faz más utópica, cambiar el mundo y sus organizaciones. Tal vez el sueño de una Revolución se dibujaba en cada marcha, pero las miras apuntaban, más concretamente, a la intransigencia gubernamental y a la rigidez y tradición de la enseñanza con todo y sus reformas. En el plano conceptual, finalmente, la mayor crítica apuntaba al olvido de la historia y al lugar de lo singular en el movimiento estructuralista. Ante el intento de concebir las leyes que configuran la estructura del lenguaje o una organización social, los críticos del '68 acentuaban la irrupción del acontecimiento y la importancia de la acción en las Ciencias Sociales. El estructuralismo parecía demasiado rígido en su sistematización de las relaciones y preñado de un exceso de abstracción y apología de los textos.

ESTRUCTURALISMO FRACTURADO

Los movimientos sociales y epistémicos no fueron sin consecuencia para la Francia intelectual. Al interior del llamado pensamiento estructuralista, hubieron discontinuidades importantes. Dentro de las críticas, como se señaló, las más impactantes fueron aquellas que señalaban una supuesta ahistoricidad y el abuso de reflexiones conceptuales en detrimento de acciones concretas. De algún modo, la confrontación intentaba colocar, por un lado, a los pensadores de la Historia contra los calculadores de las estructuras, y, por el otro, a los apasio-

nados de la acción frente a los reflexivos de la teoría. Así, aparecían enfrentadas Historia contra estructura y acción versus conceptualización.

Las críticas obtuvieron resultado. La interpelación gritada en las calles y escrita en la prensa y en diversos libros fue escuchada... por algunos. Louis Althusser, influyente marxista y miembro prominente del Partido Comunista francés, así como muchos de sus discípulos y seguidores, reconocieron que la filosofía surgida del pensamiento de Marx no podía quedarse en una mera reflexión abstracta: había que pensar las estrategias de la transformación. No se trataba solamente de un retorno al texto de Marx, sino a una posición frente a la praxis; no sólo era necesaria la pasión especulativa sino que se hacía imprescindible el análisis concreto de situaciones tangibles. La autocrítica de Althusser, en este entendido, no nada más tensaba su teorismo sino la excesiva cercanía con cierta terminología estructuralista. Lo primero le inquietaba, lo segundo le pesaba.

Muchos pensadores que, sin aceptarse estructuralistas, se habían beneficiado de ciertos conceptos y habían llevado a la práctica métodos estructurales, rechazaron esa nominación al tiempo que definían sus nuevas posiciones. Tal es el caso Michel Foucault: en nadie es más claro el cambio de rumbo que en él. Casi se podría hablar de un Foucault antes del '68 y uno después. El filósofo de la cabeza rapada había publicado, se sabe de sobra, textos fecundos en el campo de las Ciencias Sociales donde la importancia del lenguaje y las leyes inconscientes ocupaban un lugar fundamental. Su libro, *Las palabras y las cosas*, de 1966,⁴ es una muestra flagrante.

El '68 politizó a Foucault. Él no se encontraba en París cuando se sucedieron las movilizaciones estudiantiles; vivía en Túnez desde finales del '66.⁵ Allí fue donde, en cuerpo propio, recibió la represión en contra de las manifestaciones de los jóvenes. Su casa se volvió hogar clandestino de activistas perseguidos y del mimeógrafo de la protesta que, desde ahí, enviaba manifiestos rebeldes. Su obra, ahí, da un giro, y comienza un período de reflexión encaminada a problematizar, no tanto el saber, el lenguaje y el inconsciente, sino el poder y sus dispositivos disciplinarios.

Una puntuación. Si bien es cierto que Foucault realiza esta discontinuidad en sus investigaciones, abordando sobre todo los procesos carcelarios y la verdad en sus formas jurídicas, el primer movimiento epistémico después de mayo del '68 consistió en vincular la cuestión de las estructuras con la dimensión de la Historia. Su texto, *La arqueología de saber*, de 1969,⁶ es una evidencia de ello. Así, la cuestión de la Historia se incluye, esta vez desde una vertiente arqueológica que no desecha la importancia del lenguaje en su vertiente discursiva. Más bien al contrario, la radicaliza.

La lingüística, que había fungido, en la década de los 60's, como vanguardia de las ciencias en el campo cultural y social —abanderando al pensamiento estructural—, también acepta el impacto y, al inicio de la nueva década, la Historia es incluida dentro de las reflexiones y las posiciones de los estudiosos de las lenguas. En 1972 aparece el número 15 de la prestigiosa revista *Langue Française*, coordinado por Jean-Claude Chevalier y Pierre Kuentz. La problemática: Historia y lingüística; el campo estudiado: los laberintos del lenguaje y su relación con el tiempo histórico.

Pero no sólo los lingüistas incluyen las cuestiones de la Historia. El creador del llamado estructuralismo, el célebre Claude Lévi-Strauss, llama, de algún modo, a una reconciliación entre la lógica de las estructuras y el campo de la historicidad. El 25 de enero de 1971, el antropólogo es invitado a una emisión de *Annales*

⁴ Cfr. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1966.

⁵ Cfr. François Dosse, *Historia del estructuralismo. Tomo 2: El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días*, Akal, Madrid, 1991, pp. 141-142.

⁶ Cfr. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1969.

en la estación de radio *France Culture*, en un programa llamado *Los lunes de la historia*, donde avanza que los historiadores y los etnólogos realizan la misma tarea: “el gran libro de historia es un ensayo etnográfico sobre las sociedades pasadas”,⁷ dice en un tono conciliador. Con esta frase, pronunciada por el más importante de los autores vinculados con el estructuralismo, se hace visible la importancia, no sólo social, sino epistémica que tuvo el movimiento del '68.

LAS ESTRUCTURAS DESCIENDEN A LA CALLE

Por curioso que parezca, y a pesar de que las consignas y las propuestas del movimiento estudiantil empujaban a desechar el estructuralismo y a olvidar la Universidad —porque la Revolución estaba en las calles—, habían algunos puntos donde los “contrarios” coincidían.

La revuelta del '68, en el campo académico, pugnaba, no solamente por un cambio frente al autoritarismo profesoral, sino por una transformación de las rígidas estructuras universitarias donde La Sorbonne aparecía como el templo del status dogmático. Además, en una dimensión más epistemológica, la crítica apuntaba a la jerarquización doctrinal, en cuyo vértice oficiaba la filosofía clásica como tirana que humillaba y menospreciaba toda otra área del saber. Si existía un movimiento que cuestionaba la vieja jerarquía de los saberes, donde la filosofía reinaba en la cumbre, ese era el estructuralismo.

Frente a la hegemonía del conocimiento clásico y concienialista, el pensamiento estructural señalaba al campo del inconsciente; ante el academicismo del aula, se proponían espacios de lectura social y análisis de los movimientos culturales; al imperialismo de las doctrinas rígidas se oponía el análisis de las estructuras del lenguaje y sus combinatorias.

La Sorbonne, entonces, fue ultrajada, y es luego del '68 que surge su oposición más radical: la Universidad de Vincennes, llamada también la “Facultad Milagrosa”. Surgida de las más prestigiosas cabezas y construida en un municipio parisino de tradición comunista, por curioso que parezca, incluye en su plantel de profesores a muchos de los más prestigiosos pensadores vinculados con el estructuralismo, como fueron el mismo Foucault y Lacan. Ellos, junto con otros connotados marxistas y teóricos del '68 —como Loureau o Lapassade—, apoyaron la creación de esta nueva experiencia cultural que proponía otra forma de pensar y hacer la transmisión universitaria. Dos movimientos encuentran barricadas comunes.

Pero no sólo Althusser, Foucault o Lévi-Strauss escucharon los cuestionamientos hechos a la Historia; a su vez, los historiadores también aceptaron la interpelación que, desde este otro campo, se abría. Así, en 1971, la famosa revista *Annales*, publicación comandada por los influyentes historiadores Fernand Braudel y Raymond Aron, edita un número especial dedicado a vincular, confrontar y relacionar Historia y estructura. El número 3-4 de esta revista, aparecido en mayo de aquel año, incluye textos tanto de André Burguiere como de Christian Metz y Lévi-Strauss.⁸ La supuesta antinomia entre el análisis de las estructuras y el campo historiográfico era aquí desmitificada y ahora aparecían nuevas posibilidades de problematización y vinculación.

Los estudiosos de la historia querían avanzar por un sendero diverso al del positivismo y la fenomenología narrativa. Se trataba, ahora, de resaltar y de analizar las estructuras invisibles y las disposiciones inconscientes de las prácticas sociales. La historia se abría a un estudio de las relaciones simbólicas de las sociedades, así como al escrutinio y a la relativización de los niveles manifiestos de la realidad. Historia e inconsciente

⁷ François Dosse, *op. cit.*, p. 259.

⁸ Cfr. *Annales*, Numéro spécial: “Histoire et structure”, Vol. 26, Nos 3-4, Armand Colin, Paris, mai-aout 1971.

ya no aparecían como el agua y el fuego. La posibilidad de interrogar las estructuras inconscientes de ciertas configuraciones históricas señalaba nuevos senderos y campos de investigación.

LACAN Y EL '68

El psicoanalista francés más conocido no quedó al margen de los sucesos. Sorpresivamente para aquellos que lo ubicaban del lado de los mandarines apolíticos, firma, junto a notables intelectuales y pensadores combativos como Jean-Paul Sartre, Henri Lefebvre, André Gorz, Pierre Klossowski y Maurice Blanchot, un desplegado, apoyando los signos de la contestación. El texto íntegro es el siguiente:

La solidaridad que aquí afirmamos con el movimiento de los estudiantes —este movimiento que, en unas horas esplendorosas, acaba de romper bruscamente la sociedad llamada del bienestar perfectamente encarnada en el mundo francés—, es ante todo una respuesta a las mentiras mediante las cuales todas las instituciones y las formaciones políticas (con muy pocas excepciones), todos los órganos de prensa y de comunicación (casi sin excepción) buscan desde hace meses alterar este movimiento, pervertir su sentido, e incluso ridiculizarlo.⁹

La carta aparece en el influyente periódico *Le Monde*, precisamente la mañana previa a la “Noche de las barricadas”, a saber, el 10 de mayo. Lo singular es que no será la única vez que Lacan tome una posición al respecto. En un acto que aparece congruente con su palabra, interrumpe su Seminario en apoyo a la huelga convocada por los estudiantes. El año: 1968; el título de aquel curso: *El acto analítico*.¹⁰

Otra intervención en público muestra hasta qué punto Lacan no sólo seguía de cerca los sucesos sino que realizaba una lectura de los tiempos modernos. En la famosa mañana del 22 de febrero de 1969, aquella en la que Foucault, invitado por el Collège de Philosophie, presenta su conferencia *¿Qué es un autor?*,¹¹ Lucien Goldman, connotado marxista, intenta burlarse del psicoanalista, dirigiéndole lo que él pensaba era un cuestionamiento político y epistémico... Parafraseo: “¿Miró usted, en '68, sus estructuras? ¿Era la gente la que estaba en la calle!”¹² Lacan lo mira y le revira sin anestesia, dejándolo mudo: “Si hay algo que demuestran los sucesos del '68 es, precisamente, el descenso a las calles de las estructuras”.¹³

Lo acontecido aquel día aparece como un retrato histórico del lugar de las posiciones del psicoanalista: allí donde se pensaba que el movimiento estudiantil fracturaría su lugar y descalificaría su pensamiento, no sólo resurge su influencia con más fuerza que nunca, sino que logra —y es uno de los pocos que lo consigue— escribir una posición radical que sorprende por su rigurosidad y pertinencia. Ante la contestación, su escucha y su posicionamiento; frente a la historia contemporánea, su propuesta de los cuatro discursos radicales.

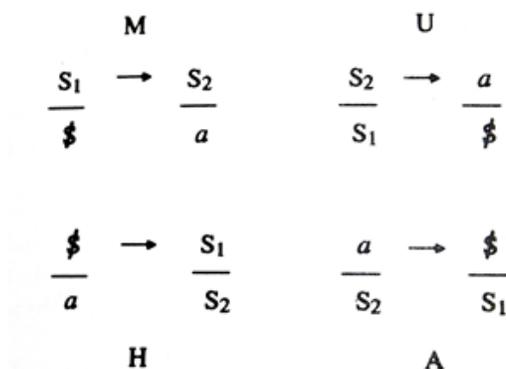
⁹ *Le Monde*, 10 de mayo de 1968, en François Dosse, *op. cit.*, p. 133.

¹⁰ La clase cancelada por Lacan corresponde al 8 de mayo de 1968. *Cfr.* Jacques Lacan, *El acto psicoanalítico*, El Seminario (1967-1968), Libro 15, Versión crítica establecida por Ricardo E. Rodríguez Ponte, Kairós, Buenos Aires, s/f.

¹¹ *Cfr.* Michel Foucault, *¿Qué es un autor?* (1969), seguido de *Apostillas a ¿Qué es un autor?* por Daniel Link, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2010.

¹² Lo que Goldman dice es lo siguiente: “Las estructuras no bajan a la calle», es decir: nunca son las estructuras las que hacen la historia, sino los hombres, aún cuando la acción de estos últimos tenga siempre un carácter estructurado y significativo”. Intervención de Lucien Goldman, en *ibid.*, p. 50. [N. del E.].

¹³ Lo que responde Lacan a Goldman es lo siguiente: “[...] no considero de ninguna manera que sea legítimo haber escrito que las estructuras no bajan a la calle, porque si hay algo que demuestran los acontecimientos de mayo es precisamente la bajada a la calle de las estructuras”. Intervención de Jacques Lacan, en *ibid.*, p. 57. [N. del E.].



Los cuatro discursos

Para Lacan, *discurso* no es un modo lingüístico de enunciar, sino una modalidad lógica de los vínculos. *Discurso es lazo*, no sólo diacronía. A partir de ahí, propone cuatro discursos como constitutivos del mapa de lo social: el *discurso del amo* (M), el *de la Universidad* (U), el del sujeto o *de la histérica* (H) y el *del analista* (A),¹⁴ organizados, el primero, alrededor del poder; el segundo, del saber —cuando funciona como poder—; el tercero, por el deseo y, finalmente, el *del analista*, por lo que puede perderse. Desde estos aparatos lógicos, el campo de lo social queda especificado en su diversidad.

Por curioso que parezca, el '68 coloca a Lacan como uno de los personajes más influyentes en ciertos círculos políticos e intelectuales de la izquierda europea y, con su propuesta de los cuatro aparatos discursivos, en uno de los pensadores más críticos y radicales de la Francia moderna. Como psicoanalista, recibe a muchos militantes de ultra izquierda, se forman en torno a él grupos radicales de tinte maoísta y él se coloca como un referente ante el derrumbe de muchos jóvenes en el momento del reflujo desesperanzador de las derrotas políticas. Como pensador, abre la posibilidad de problematizar, no sólo las estructuras del poder, sino la legitimidad misma del edificio político y especialmente la de las instituciones académicas y universitarias.

Cuando Lacan sentencia que son las estructuras las que “descendieron a la calle”, coloca al movimiento estudiantil como un síntoma y como un nudo que debe leerse en relación con los lazos sociales y sus crisis. La revolución estudiantil deja ver que es mucho más una revuelta que una destitución definitiva. La revolución como revuelta muestra cómo los vínculos sociales, en el campo político, llevan a la reedición, no tanto de los personajes como de las estructuras relacionales. Por lo tanto, es a la constitución, develación y operatividad de esas estructuras donde debe apuntar un análisis serio de los vericuetos del poder. El *discurso del amo* es un poderoso aparato de apropiación de sus opositores.

Si alguien retoma la crítica feroz que los jóvenes “sesentayochoeros” enarbolan, es Lacan. A pesar de todo, Lefebvre y Tourraine apoyan, relatan y acompañan los sucesos, pero lo hacen desde el mismo dispositivo universitario que cuestionan. Son teóricos surgidos y apostillados en la Universidad, en la legalidad institucional. Lacan no sólo cuestiona, sino que desenmascara los modos en que la Universidad se legitima y se impone como dispositivo moderno del *discurso del amo*. La Universidad, pues, no sólo es cuestionada por autoritaria y limitada: se trata de un modo social de organizar la relación entre el saber, el poder y la producción. La escritura del *discurso de la universidad*, lo muestra en acto.

¹⁴ Cfr. Jacques Lacan, *El reverso del psicoanálisis*, El Seminario (1969-1970), Libro 17, Paidós, Buenos Aires, 1992.

Algo que los sucesos de mayo evidenciaron es el apetito hedonista silenciado en medio de una sociedad ordenada y taciturna. Los jóvenes, no sólo llenaron de insultos a la policía y de barricadas a la Ciudad de París, también pintaron con sus besos y sus golpes que el deseo no se deja atrapar por los planes curriculares ni por la presión represiva. La imaginación fue invitada a tomar el poder y, el deseo, los cuerpos y los edificios. El lugar de una subjetividad pulsante y efervescente tomó la palabra y los espacios grises de las instituciones.

Ahora, la subjetividad no puede reducirse a un voluntarismo, ni a un elogio de la sensación inmediata. El deseo no es un viento pasajero que despeina el alma para mojar el cuerpo, es lo que habita el corazón del sujeto. Si algo se desnudó en aquellos días es que el lugar del sujeto no depende de la voluntad, ni de las experiencias fútiles. El sujeto ocupa una plaza en las legalidades discursivas, donde la sujeción no se agota ni con consignas incendiarias ni con movilizaciones callejeras. Ante el optimismo libertario, se evidenció la imposición de los vínculos sociales. La alineación no se termina con su politización, pero tampoco sucumbe el sujeto del deseo ante leyes más exigentes y patéticas. El discurso del sujeto señala la ubicación del mismo como síntoma histórico frente al poder del amo y la sujeción a la estructura. El sujeto es lo que se opone estructuralmente al poder, es su “descompletura”.

La crítica al estructuralismo apuntaba a un exceso de teorización y a una ausencia de marco de acción. De hecho, alguien como Foucault hubo de introducir en su obra la cuestión de la práctica de un universo hasta entonces inclinado exclusivamente al campo del lenguaje y sus vericuetos. Lacan, a contrapelo de esas posiciones, proponiendo al discurso como lazo social, muestra que, más allá de las palabras, están las funciones, y aún más: que las estructuras discursivas son modalidades de acción de la relación del sujeto con el Otro.

El psicoanálisis no se constituye de una teoría y una práctica, es un modo discursivo, es decir, una praxis. Las estructuras discursivas son operativos sociales, son máquinas funcionales y disfuncionales. Las estructuras no son edificios conceptuales, son dispositivos en donde el sujeto ocupa diversos lugares, según sus desplazamientos sociales. La escritura de los cuatro discursos de Lacan es su despliegue operacional. No sólo el sujeto tiene un lugar de agente en un lazo determinado, sino que se coloca en diversas plazas, según las organizaciones culturales y políticas. Ahora, el discurso, tal como lo muestra el psicoanálisis, no es un sistema operativo circular, no es una estructura cerrada. No se trata de los modos y las leyes a través de los cuales funciona un sistema. El discurso se constituye sobre leyes de lenguaje, pero su operatividad se estructura a partir de una falta. Más claro: las estructuras no se entienden por su organización sistemática, sino por su desarreglo funcional. Las estructuras no son edificios concebibles por sus modelos organizacionales, no se entienden por su mecánica, sino por su caos, es decir, allí donde hacen agua, donde se impone el descontrol, donde no funcionan. Sí, cuando fallan.

El discurso analítico denuncia, precisamente, lo que cuestionaban los estudiantes: las estructuras son multifactoriales y están rotas. No hay estructuras sin fisura, como tampoco existe una sociedad sin fracturas. La introducción del *objeto a* como agujero en la estructura, abre y promueve, al mismo tiempo, la falta como consustancial de las leyes y del lenguaje. No hay centro, no hay ley sin falla: *no hay causa sino la pérdida*.

Lo que aparece en la tipología de los discursos propuesta por Lacan, acentuémoslo para terminar, es precisamente lo que hemos venido diciendo: un sujeto sujetado a los lazos sociales. La estructura está agujerada, la ley del lenguaje es fallida y existe una multifactorialidad de esquemas relacionales en el campo de lo político.

Dos puntos más. Al comienzo de este trabajo, se señaló como una de las críticas más importantes a los pensadores que alguna vez acudieron a los métodos estructurales el presunto olvido de la Historia. ¿Acaso Lacan quedó al margen de la situación? ¿Acaso no tomó una posición frente a la relación del psicoanálisis

con la Historia? ¿Acaso, desde el psicoanálisis, no se puede pensar la Historia sin negar la importancia de las relaciones estructurales? Claro que sí, nada más que ese sería otro trabajo a desarrollar. Solo quería dejarlo planteado.

El otro punto, ahora sí para terminar, es la respuesta que las instituciones tuvieron al respecto de la enseñanza de Lacan. Por curioso que parezca, el único de los grandes personajes que intervinieron en el movimiento estudiantil, y que sufrió los efectos de la represión universitaria, fue nuestro psicoanalista. El 26 de junio de 1969 es expulsado de la Escuela Normal Superior, donde, desde hacía muchos años, realizaba su curso. Llamativo: ni Lefebvre, ni Tourraine, ni Althusser, ni ningún otro de estos intelectuales salieron de la Universidad, sólo Lacan; y no lo hizo por voluntad propia, fue echado de la manera más gris y absurda. Algunas preguntas quedan en el aire: ¿Qué tendrá de subversivo el discurso psicoanalítico que las instituciones, difícilmente, pueden soportarlo? ¿Qué habrá dentro de lo que se enseña en él que las Universidades no saben bien dónde ponerle? ¿Cuál será, ante esta situación, la posición que, como psicoanalistas, debemos tomar? La respuesta está en el aire.